

# PANORAMA

Por GASTON BAQUERO

## ¿Toros? ¡Lo único que nos faltaba!

DICEN que vienen los toros. No hay que dudarlo demasiado porque en un país donde a la Plaza de San Francisco, una de las más hermosas y tradicionales, le ponen picuamente el nombre de «Key West», puede ocurrir cualquier cosa, sobre todo si es absurda. Y como lo de los toros es un absurdo, una especie de pesadilla, no nos sorprendería mucho que fuese adelante. No llegará esto, desde luego, sin nuestra más ardiente y sostenida protesta. Ni sin la protesta de muchos cubanos que en todos los tiempos han salido a enfrentarse a esta manía de ver sangre que tienen los taurófilos.



Ya la cuestión es vieja. A fines del siglo pasado, se hizo de ella cuestión de separatismo político, como era el uso. Entonces, lo mismo un soneto que una pescozada eran objeto de polémica entre mambises e integristas. Contra los toros salieron los cubanos a título de tales para atacar a los españoles por ser tales. Ahí están las declaraciones de los grandes patriotas, que relacionaron esta cuestión con la de la independencia, y consiguieron de este modo darle un golpe de muerte a los primeros intentos de torerismo a principios de la República.

Luego, desaparecidas las fricciones de orden político entre cubanos y españoles, aparecieron ya los razonamientos más firmes, más duraderos. Hombres como el ingeniero Mario Guiral Moreno, encargáronse de mantener vivo el sentimiento cubano contra la ferocidad esa de los toros, y ganóse una nueva batalla. La benemérita institución del «Bando de Piedad» hizo lo suyo y otra vez se evitó el desaguisado. Las razones eran otras ahora. Eran razones que ya se aproximaban más a las irrefutables que cabe presentar frente a lo de las corridas. Y en estos momentos en que se anuncia la intentona de nuevo en La Habana, debemos y podemos prepararnos para actuar con decisión y con oportunidad, a fin de que no vayamos a ser sorprendidos un día de éstos con la barrabasada de transformar a La Habana en ciudad con fiesta de toros. Por suerte, está afirmándose

se ya un serio movimiento de protesta. En la edición de ayer viernes de la popular revista «Bohemia», aparece un comentario titulado «¿Toros en La Habana?», lo que allí se dice, es incontrovertible. Y además se presta para que le salgamos al paso a la tan frecuente objeción que se nos hace cuando manifestamos interés en escribir sobre las corridas de toros. «Cuidado, dicennos, porque usted tiene muchos lectores españoles y se van a ofender.» ¿Quién ha dicho que español y amante de los toros son sinónimos? Hay muchos españoles, en todas las esferas, que no sienten el menor interés por las corridas, y son muchos los que se oponen abiertamente a ellas. Se puede amar mucho a España, como creemos amarla nosotros, y no gustar para nada de la fiesta de toros, sin que esto aminore el amor a España. Lo de los toros es una flaqueza, una falta, un pecado. Y nosotros amamos a España por sus grandezas, no por sus flaquezas.

Los amantes y defensores del asunto ese del torero, hablan de estética. Nosotros hablamos monda y lirondamente de **escuela de crueldad**. Para quien esto escribe, siempre es condenable y repugnante la corrida de toros, pero encuentra que ahora, precisamente ahora, aparecerse en Cuba con eso, es como echarle paja al fuego. Tenemos bastante completo el cuadro de la crueldad pública, especialmente de la crueldad juvenil (¡y qué admirable estudio en la materia el de Ramón Vasconcelos en el mismo número de «Bohemia» que hemos mencionado!), para que nos vengamos ahora con esa cátedra, con esa invitación a la maldad y al endurecimiento de alma que es fanatizarse con los toros. Por mucho que digan los aficionados, que quieren ver en la corrida el escenario para la destreza de un torero, y aseguran limitarse a admirar esta destreza, nosotros entenderemos siempre que lo grave, lo decisivo, no es lo que ocurre en el redondel, sino lo que ocurre **en el público**. Habrá, desde luego, quien asista a las corridas por puro esteticismo o profesionalismo: a ver si el torero hace con maestría esta o aquella suerte, a estudiar la técnica, a comparar el estilo de un maestro con el de otro, etc. Pero eso es la minoría, si es que existe, que lo dudamos. La gran mayoría va a las



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



2

corridas a otra cosa. Va a esperar, llena de ansiedad, de alegría casi, que el torero mate al toro y que el toro mate al torero. Ahí lo principal, lo central, es que haya mucha sangre y mucha muerte. Lo secundario es el traje vistoso y ese repertorio de movimientos de ballet que hace el torero. Cabría considerar y respetar un poco la barrabasada de las corridas si el maestro, el matador, entrase en la plaza al mismo tiempo que el toro, y hallándose éste en la plenitud de su vigor. Pero eso de que sólo entre cuando ya el pobre toro es una sombra de lo que la naturaleza le hiciera, viene a corroborar todo lo que decimos contra los defensores de la corrida como hecho estético o artístico. Si se limitase al arte, a saber escapar habilidosamente de los cuernos, nada habría que objetar. Lo terrible, lo insoportable, está en el abuso que supone organizarse tantos hombres para darle muerte a un toro. Esa preparación, esa premeditación, es lo peor que tienen las corridas. Pensando en el momento de la sangre y de la muerte, nadie atiende de veras a las monerías y baileteos de los toreros.

Piénsese lo que sería para la juventud cubana, para los cubanos todos, en estos momentos de amor a la sangre y de desprecio a la vida humana, una sistemática preparación, una escuela dedicada a endurecer el alma, a aplaudir los

riesgos de muerte y el derramamiento de sangre. Razones de pedagogía social obligan a pedir con enérgica insistencia que no se tolere ni la más mínima sombra de corrida de toros en Cuba. Ya con lo que tenemos, nos basta y nos sobra. Para diversión nacional en grande, para que las muchedumbres tengan ese necesarísimo escape de la emoción a través del deporte, Cuba cuenta con el base-ball, que es extraordinariamente adecuado para consumir energías que, de almacenarse, pueden empujar a los hombres a la insania o al revolucionarismo. (Obeérvese que cuando la temporada beisbolera está en su apogeo, disminuyen los asaltos, los manifiestos y los embadurnamientos de paredes. En el fondo, casi toda la cuestión del pistolero, de las pandillitas, etc., es asunto de pico y pala. Hay muchos vagos aquí obstruyendo las esquinas; los billares se llenan desde temprano. De ahí salen los manifiestos con faltas de ortografía y las exigencias a los comerciantes.)

Y nada más por hoy. Para una primera protesta, para anunciar que unimos nuestra voz y ofrecemos nuestra acción a los adversarios del asesinato de los toros, con lo dicho queda sobradamente servida la primera instancia.